



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento • Poesía • Fotografía

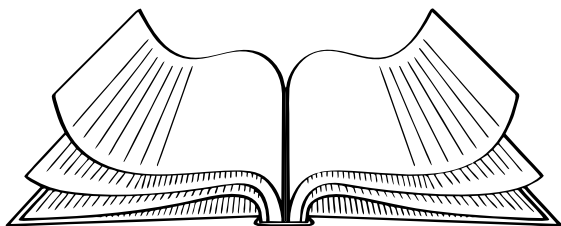
EJEMPLAR GRATUITO. NOVIEMBRE-DICIEMBRE / 2019

4
ANIVERSARIO



No. 23

4
ANIVERSARIO



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 23

www.porescrito.org

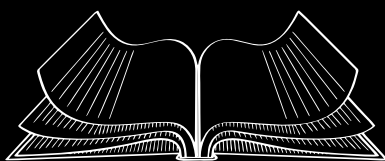




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Froto el shampoo.....	8
1er. lugar en la categoría de poesía María Sol González	
Hierofanía	9
2do. lugar en la categoría de poesía Omar Lúa Betancourt	
Utopía.....	10
3er. lugar en la categoría de poesía Jorge Cappa	
Dicen que el halo de la luna.....	11
Angélica Santa Olaya	

FIRMAS

Del libro Puerto es naufragio Yamil Narchi Sadek	12
Del libro Puerto es naufragio Yamil Narchi Sadek	13
Del libro Urbanismos Tecnología, ventanas y paredes Etienne Fajardo	14
Teme la noche Rodrigo Trujillo Lara	23
Dos iguales Rodrigo Trujillo Lara	20
en el ombligo de la luna Andrea Fischer	21
Eutanasia Raúl Sanz Suárez	22
El Sol, la Luna y el diálogo del no despertar Juan Carlos Padilla Monroy	25

La gran explosión.....30
Virginia Meade

Cuando amanece.....34
Cecilia Durán Mena

Un mejor lugar.....37
María Elena Sarmiento

IMAGINARIO.....39

VOCES

Cartera.....45
1er. lugar en la categoría de prosa
Luis Enrique Vicente Hernández

'72 Ford Ranchero.....47
2do. lugar en la categoría de prosa
José Antonio Acosta González

Lo que hizo Mario Sanguíangel.....49
3er. lugar en la categoría de prosa
Remei González Manzanero

El profesor de latín.....52
3er. lugar en la categoría de prosa
César Augusto Álvarez Téllez

Arrullo de mar.....56
Mención honorífica en la categoría de prosa
Mónica Cavazos

Odile.....58
Mención honorífica en la categoría de prosa
Martha Patricia Olmos

Alea.....62
Mención honorífica en la categoría de prosa
Francisco Duarte Cué

Hablando por escrito

Estamos de fiesta celebrando el cuarto aniversario de esta revista y el quinto certamen literario. Desde que editamos el Número Cero, emprendimos con entusiasmo el afán de atrapar lectores para nunca dejarlos ir así como liberar a los textos que permanecían ocultos y darles oportunidad de ser publicados.

En estos cuatro años, podemos decir con certeza que las oportunidades de encuentro entre un escritor y un lector han disminuido. Los lazos de comunicación, aunque se multiplican, se vuelven más endeble. Por fortuna, en *Pretexos literarios por escrito* las formas de alcanzar a la gente se han crecido. Ya sea con la revista impresa, con los ejemplares digitales, con los podcast o el programa de radio, las fórmulas de acercamiento han ido aumentando en muchos sentidos: no sólo en la variedad de formatos, sino en el número de personas que acceden a nuestros contenidos en su manera preferida.

Hemos sido afortunados, hemos captado la atención y eso es un gran triunfo que estamos celebrando. Estoy segura de que así como yo, los lectores han encontrado complicado lograr que en este mundo cada vez más distraído, alguien les ponga atención. El lenguaje es un instrumento que requiere la concentración absoluta y la posibilidad de que el mensaje sea atendido. De alguna forma, cada ser humano en este mundo ha sido beneficiario y víctima de los avances de la tecnología. Por fortuna, la aproximación al arte sigue encendiendo la chispa, leer un cuento, un poema, ver una imagen, una fotografía puede tocar nuestros sentidos. Somos creaturas de ideas.

Así como lo dice Siri Husvedt en el libro *A woman looking at men, looking at woman*: “La lectura es un sistema de espejos en el que hay autores cuyo trabajo enciende algo en el cerebro del lector que le ilumina un punto en la memoria y produce un efecto” (AÑO, p.xix) Lo importante es que esos textos no queden confinados a la oscuridad de un cajón de escritorio, abandonados en la repisa de algún librero, olvidados entre las hojas de un cuaderno usado.

Hace cuatro años, cuando iniciamos este proyecto, lo hicimos no con el propósito de resolver el problema de la indiferencia humana, sino con el anhelo ardiente de inaugurar caminos de encuentro para los lectores con creadores. La misión que me propuse fue la de alejar los millones de dudas y evasivas para realizar este proyecto y ser fiel a la idea de que un mundo en el que se apoya la imaginación, la ficción, la esperanza y la creatividad es mejor que uno que carece de ella.

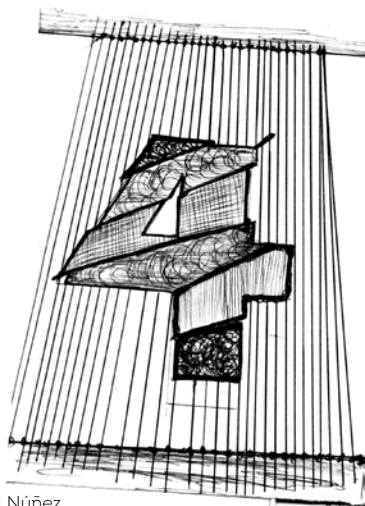
La palabra clave de este proyecto ha sido la generosidad. El aspecto distintivo que le da identidad a *Pretexos literarios por escrito* es el caudal generoso que todos los que me han acompañado y han participado han

derramado. Ha sido un torrente magnánimo de escritores, ilustradores, árbitros, voces, manos, brazos, pies, mentes, talentos de quien se ha dado a la tarea de contribuir a este simiente creativo que sigue germinando y floreciendo bimestralmente.

Gracias a tantos creadores y creativos. *Pretextos literarios por escrito* es como un telar en el que trabajan varias manos al mismo tiempo tejiendo hilos de imaginación, incertidumbre, fantasía, ánimo, tristeza, perseverancia, paciencia, técnica, estilo, experiencia y todo a la vez hasta convertir las ideas en una realidad concreta que podamos tocar.

Le damos batalla al tedio recalcitrante, la apatía arraigada, la necesidad a ultranza saliendo a buscar lectores que queden enamorados de lo que una persona fue capaz de imaginar. En cada número compartimos la ilusión que causa la lectura, al leer miramos el imaginario de un personaje y sin desaparecer de nosotros mismos y de nuestra realidad, entramos a una dimensión alterna que alguien tuvo la gentileza de prepararnos. En las páginas de este número, encontrarán los textos ganadores de nuestro V Certamen Literario.

Hace cuatro años me di cuenta que sin un lector, la Literatura está muerta. Un texto que no es leído pierde su razón de ser, su *Λογία*. El camino para que un texto tenga el encuentro glorioso con alguien que lo lea, es difícil y por fortuna, posible. “*La soledad no es un buen destino*”, dice Luis García Montero en *Las palabras rotas*. *Pretextos literarios por escrito* busca que quien ama las palabras, encuentre un buen destino en la conversación. En esta sociedad trazada por las distancias, por ausencias, virtualidades, buscamos que esta revista sea un esfuerzo de palabras compartidas, de sueños y memorias que sea fiel testigo del relato humano.



Paúl Núñez

CERTAMEN LITERARIO

Poesía

Ganadores

4
ANIVERSARIO



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Froto el shampoo

María Sol González

1er. lugar en la categoría de poesía

como si las ideas picaran

desesperadamente

digo

calma chicha.

Cierro los ojos, así
la oscuridad potencia
el sh

de la lluvia

cachetazo de agua

contra la losa

blanca

escucho

Mis pulmones inspiran

catarata de tendrías

debería

pude

haber sido

La lluvia dice



Paúl Núñez

Hierofanía

Omar Lúa Betancourt

2do. lugar en la categoría de poesía

Quédate, amor adolescente, quédate...
 Vámonos fingiendo
 que es la primera vez que estoy viviéndote.
 Por la carne también se llega al cielo.

Gilberto Owen

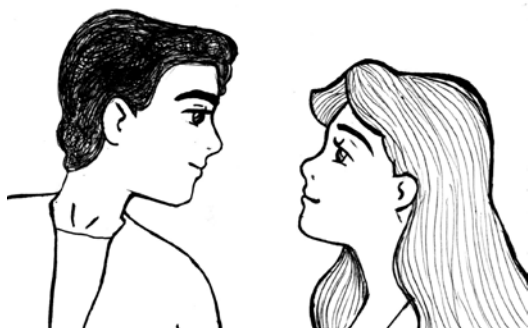
Quédate en este remanso hasta que mañana venga el naufragio.
 Hoy somos dos ciclopes frente a frente.

Somos la tragedia del Ángel y Jacob:

aunque mutilado, tengo bríos diamantinos para olvidar mi nombre,
 mis palmas detendrán el arrebato de tus pechos
 y hasta olvidarás que algún día fuiste despiadada.

Apenas el agua se inquietará en círculos concéntricos
 como una fuente de los deseos y un puñado de monedas
 colapsando en el núcleo de Júpiter.

Mañana habremos de caer bifurcados por un rayo de lumbre oscura,
 pero aun exiliados, quizá podremos recrear nuestra vigilia impura
 en la quietud de un pantano dormido.



Paúl Núñez

Utopía

Jorge Cappa

3er. lugar en la categoría de poesía

Esbozar tus ojos.

Dibujar tus manos.

Repasar tus labios.

Desatar tus pasos.

Vestir tu voz.

Inventarte para inventarme.

Vivirte para vivirme.

Llenar tu ausencia de luz

para dar aliento

al balcón de mi reflejo.



Paúl Núñez

Dicen que el halo de la luna

— Angélica Santa Olaya —

Dicen que el halo de la luna
 es el polvo de los años perdidos.
 Que en esa impronta de luz
 reposan los minutos que una vez
 corrieron presurosos tras la huella
 incansable del tiempo.
 Digo, entonces, que mis años son
 el resplandor inevitable de los besos dados,
 la sonrisa necia que a rasguños reptó hacia la luz
 desde el pozo donde se agitaba la tormenta,
 la cronológica lámpara que guía
 los pasos empapados
 en el rocío de la libertad.
 Soy un trashumar montado en estrictas manecillas
 desde que la infancia decidió salvar
 a la luciérnaga atrapada en telarañas
 Soy esta luna a veces llena y a veces menguante
 que mantiene el paso firme
 porque a fuerza de golpes
 aprendió a decir No



Paúl Núñez

Del libro *Puerto es naufragio*

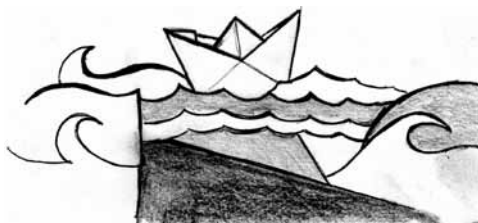
Yamil Narchi Sadek

I

Bien visto,
el mar es una hoja
de papel rebelde
que se niega a sacrificar
por un poema
su inmensidad.

II

La hoja de agua
se dobla al llegar a la arena:
origami infinita
movimiento que conduce a sí mismo



Paúl Núñez

Del libro *Puerto es naufragio*

Yamil Narchi Sadek

figura en espera

III

Mar blanco,

raído,

solo,

casi desnudo,

pordiosero:

abre sus múltiples manos

que el cielo llena de luz.

Del libro Urbanismos

Tecnología, ventanas y paredes

Etienne Fajardo

I
En el reino de los bits
la palabra en la línea es
una pelea de gallos
y el poema que se escribe
y describe y des describe en la pantalla
no parece decidirse a detener
su terco soliloquio sero ser
y cero casi siempre se inclina por la
izquierda
El poema es un intento de suicidio
La línea
pobre línea
huyendo de la tecla retroceso
se esconde pintándose de blanco
y se pega temblorosa al paredón
hace tímida intentos de volver
a su color (escribo en rojo a veces)
y olvida luego el camino de regreso

Algunas de sus palabras
mueren deshojadas en la orilla del camino
el espectáculo de cráneos desdentados
de signos y símbolos mosqueados
no se puede ver por el humano
Frente a éste
mientras tanto
obseso y distraído
en el lado donde todo es ADN
el herrero
martillazos con los dedos
trata triste estéril
de exprimir una gota de agua
a las teclas de plástico y vacío.

II

Mantener la vida como una arracada de presión
que se ilusiona con la promesa de cerrarse
Escribir en el ágora
para evadir el presente
Recitar en los túneles
para tocar la locura
Mantener un altar a la interconectividad

infrarojos wifi bluetooth de perdida un triste dialup
cordón umbilical
en fin
que nos nutra de la madre raza humana
que me nutra de la madre que tiene todos los rostros
la que me aplaude
pero no lo suficiente
de la que me escondo en un login anverso
para fumar en secreto porros que
ella misma enrolla
No tengo un celular
como creen todos
para abrir el océano encasodeemergencianacional
tengo un móvil que se mueve conmigo
que me recuerda que el que no se mueve
soy yo
que hay que reportar
a las tres a mi mujer
a las cuatro a mi madre
a las nueveydiezamiquincena
Llevo en el bolsillo un arma
para amagarme

y obligarme a no salir corriendo del
placer inapelable de pertenecer
al tantoporcentaje de personas que consumen
el tantoporcentaje de tal cosa que producen
el tantoporcentaje de los hombres que tal otra

Un prisionero se escapa
huye en un autobús de pasajeros
comercial
de línea
nada ultrasecreto

Corre en una carretera iluminada
que conecta la prisión con la ciudad
al bajar sabe que ha regresado
al mismo lugar donde empezó.

III

De distancias sabe más mi lengua
y de lenguajes saben más mis dedos
Aprendí que el jugo de la luna
hay que exprimirlo a cuatro manos
y dos teclados
qué pronto
comencé a trazar contornos con signos

Me aficioné a desenfundar deseos
de dóciles vestales
de esas desafortunadas
marineras imaginadas
que juegan al shibari
con cuerdas de internet

¿Cómo se construyen sin cuerpos
las guerras de saliva?
¿Cómo se habla de sudor
si no hay saliva?

¿Dónde encuentro un pedazo de piel
para temblar entre mi abrazo?



Paúl Núñez

Teme la noche

Rodrigo Trujillo Lara

porque un muñequito antes del alba
(escribo, sin inocencia alguna)
porque el muñeco arrancado
del espléndido árbol del sueño
espera
con la ventana abierta
que no despierte
al alba



Paúl Núñez

Dos iguales

Rodrigo Trujillo Lara

Se han encontrado casualmente. El olfato los acerca. El tacto los arrastra. Suben. Baján. Recorren. Hay ojos que se aprietan hasta las profundidades. Ojos desorbitados. Entonces florecen. Plenos de baba, se abren. Inevitablemente, la embestida. El disparo. Primero uno. Luego el otro.

Heridos, se duelen. Ambos inundados del otro dentro. Se separan. Sonrisas. Sangre sin amor. Dejan su reguero, los caracoles.



Paúl Núñez

en el ombligo de la luna

Andrea Fischer

en el ombligo de la luna
se siente cómo tiemblan las piedras:
en sus cráteres hay huesos olvidados
y sobre la superficie se respira polvo
arena

cenizas
y el viento canta suavemente,
como soplando sobre el remanso que deja la lluvia
tras el diluvio



Paúl Núñez

Eutanasia

Raúl Sanz Suárez

No llores... que todo estará bien.

Si veo ahora todo en blanco y negro -y no es porque así veamos... como siempre les he escuchado decir- es porque ya siento los efectos corriendo por mi cuerpo.

Lo que sí es cierto -y que también lo dicen ustedes- es que observo en mi mente todas esas imágenes corriendo una tras otra, a una velocidad indescriptible, casi cósmica, como si pudiera vivir una vez más cada instante a través de un fotograma. Veo a mi madre, recostada de lado, y a mis seis hermanos calentándose junto a su vientre, incluso al más pequeño de ellos, para quien, por desgracia, la vida no era parte de su destino.

Ahí estás tú ahora, querido amigo, sonriéndome y levantándome por primera vez. Me acaricias contra tu pómulo y dejas que mi lengua lama tu piel salada, ese gusto tan característico de ustedes al que me acostumbé desde el primer momento.

Pero te digo que no llores más, que nada hay de qué preocuparse.

Ah, esa primera noche. La recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Tú fascinado y yo desconcertado. Tú con la emoción de la primera vez y yo con el terror de haber sido secuestrado, apartado abruptamente de mi familia. No puedo decir que no me haya gustado. Lloré mucho, sí, pero, si me lo permites, confieso que fui una pronta víctima del síndrome de Estocolmo, aunque... mucho me hubiera gustado ver a mi madre al menos una vez más. Pero... ¿qué se le va a hacer?

¡Qué momentos los nuestros! Creciendo..., corriendo y jugando de un lado a otro. La vida se nos iba en divertimos en la calle o en el jardín trasero de la casa.

Mas todavía me duele, debo decirlo. ¿De qué hablo? ¿Cómo de qué? De la vez que me aventaste el zapato a la cara. Entiendo que lo hiciste en un arranque de coraje, y que después te disculpaste hasta el cansancio, cuando viste que me sangraba la nariz como una cascada rojiza y de esencia cobriza. Y, bueno, debo reconocerlo también, parte de todo fue mi culpa. Si tan sólo hubiera tenido más cuidado con aquel juguete que tanto amabas, si no lo hubiera roto... En fin, ya está, ¿qué mas da? Lo pasado... pasado.

¿Pero qué ocurre? ¿Otra vez con esos lagrimones? Ya, ya, querido amigo, que no es el fin del mundo; al menos no del tuyo.

¿Recuerdas cuando conocimos a ese par de chicas en el parque? ¡Ah, qué espanto..., qué fea estaba la tuya! Ahora que... tú no eras un Adonis tampoco; con esa cara de potrillo desbocado en plena adolescencia no atrapabas ni un resfriado. Pero a ella le gustaste, y vaya dúo de fenómenos que formaron por unos meses. En cambio la mía era tan linda... Con esas pecas por todo el cuerpo y su corte estilizado de salón. Pero tampoco estaba en nuestros planes quedarnos estancados ahí. Fue bueno mientras duró, y la verdad es que ellas se lo perdieron. Lo bueno es que tú y yo éramos inseparables, y mientras estuviéramos juntos a nadie necesitábamos. A nadie, hasta que...

De esa época muy poco me gusta recordar. Estuve tan sólo que caí en una fuerte depresión. Entiendo que esos amigos tuyos eran muy populares, y que con ellos podías hacer cosas que conmigo no. Pero de eso a que te olvidaras de mí. Qué duro golpe fue aquel. Yo me desvivía por llamar tu atención y tú me ignorabas como si ni siquiera existiera, como si de un holograma se tratara. Por aquel entonces te sorprendí con tu primer cigarrillo en la boca. Y un mal día hasta te vi caer de borracho, haciendo el ridículo. Ese no eras tú, querido amigo... Estabas tan cambiado que apenas te reconocía, y si lo hacía era porque tu olor, detrás del tabaco y esa horrenda destilación, aún guardaba tu aroma.

Por fortuna recuperaste la memoria, y muchos meses después, durante esa tarde triste y lluviosa, cuando me encontraste empapado en un rincón junto al columpio que ya nadie usaba, me miraste con compasión, e incluso pude ver de nuevo ese gran amor añejo. Te acercaste sigilosamente hasta mí y me fundiste cariñosamente contra tu pecho. Desde entonces todo volvió a ser como antes, si bien, tú y yo habíamos cambiado ya bastante. Tú te hiciste alto como un árbol, y yo de a poco robustecí y me volví más lento. Gradualmente dejé de seguirte el paso. Pero aún quedaban años por delante.

Deja ya de estar triste, que yo estoy bien. Cómo me gustaría sentir tu palma sobre mi cabeza... o esas lágrimas que sigues dejando caer sobre mí, pero el líquido de la inyección está actuando demasiado rápido, y siento el cuerpo adormecido.

No me arrepiento, pero me hubiera gustado conocer el amor verdadero, y formar una familia como tú lo hiciste. ¿Te acuerdas que lo intenté con aquella muchacha?, pero resultó ser bastante agresiva. Yo diría que estaba loca, ¡completamente loca...!, tan dispuesta a pegarme

una mordida antes que prestarse a cualquier intento de seducción. No dudo que haya sido la relación más corta de la historia, apenas duró unos tres días. Ni modo, no estaba en mi camino el vivir en pareja, así es que me queda la presunción de no haber cedido. Este solterón nunca estuvo a la venta.

Qué historias, querido amigo, qué historias. Tantas y tantas que nunca terminaría de recordarlas y mucho menos de relatarlas. Pero ahora debo partir. Mi tiempo ha llegado a su fin, y tú debes continuar todavía. Sin embargo, me voy con la tranquilidad de que no te dejo solo. Tienes a esa hermosa mujer a tu lado que te cuida y te mimas casi tanto como yo. Y qué decir de esos dos chiquillos, gemelos idénticos, con sus cachetes regordetes, sus cuerpos rollizos, y de quienes eres su héroe favorito; siempre balbuceando y sin hilar dos palabras con sentido, tan tontos como todos los humanos pero tan nobles y de gran corazón como su padre.

Por mi parte, siempre serás mi persona favorita, mi guía, mi compañero de mil batallas, mi ser más querido y mi tesoro máspreciado. Con todo y tu cara horrorosa, tus tradiciones tan extrañas y tu pensamiento tan inusual, eres el mejor amigo que pude tener.

La oscuridad me nubla ya los ojos, y tu dolor y tu tristeza me quiebran el corazón. Pero me voy feliz, de la manera que más hubiera deseado: envuelto entre tus brazos, cargado de cariño, y dejando atrás la vida más extraordinaria que jamás hubiera imaginado.

No llores, querido amigo... No llores más.



Paúl Núñez

El Sol, la Luna y el diálogo del no despertar

Juan Carlos Padilla Monroy

SOL

YO

LUNA

Alba,
amanecer,
sol,
inicio,

crepúsculo,
ocaso,
luna,
fin...

... en algún momento se han de encontrar.

Sí,
al atardecer,
mientras oculto mi rostro
en el occidente
detrás de las montañas...

... cuando el aire se enfría
y se revela la noche
como un mar de plata.

¿de plata?

Sí,
bajo mi sombra,
donde encuentran refugio los desposeídos.
¿desposeídos?

Somnolientos
hombres que bajo la razón no encuentran paz
libertad...

sosiego

para quienes no son sombras

que apenas es visible

¿sombras?

Sueños diría yo

¿sueños?

No saben si están vivos
sólo están en trance

o muertos,

¿no lo sabes?
quizá seas uno de ellos

¿Quiénes son ellos?

¿un desposeído?

Sombra

sueño
da igual...
... y terminan por no despertar jamás.
... comienzan dialogando con el sol y la luna...
¿jamás?
¿cómo?
Acaso no puedes comprender
¡ estoy vivo !
¿muerto?
¡ muerto !
Tal vez dormido,
que más da.
Si no dudas
¿Por qué hablas con nosotros?
¿acaso has descendido al infierno?
o permaneces siempre musitando al cielo...
no entiendo,
¡ no puedes !
desperdiciarías la eternidad buscando,
¿buscando qué?
¿respuestas?
respuestas
Quizá preguntas,
que más da.
¿yo no he preguntado nada?
Acaso lo has olvidado
¿qué cosa?
el recuerdo
¿olvidar el recuerdo?
¿recuerdas?
Recuerdo
¿qué recuerdas?
que me he dormido
¿qué olvidas?
aquel sueño
dialogas
¿dialogo?
conmigo
... y conmigo
a quién preguntaste primero
yo no pregunté a nadie
¿lo olvidas?
¿qué olvido?
si vives
o mueres,
si eres sombra
o tal vez sueño,
dueño

luz,

o siervo,

olvido...

recuerdo,

tú decides

olvido

soy todo

imposible

¿por qué?

Cuántas lunas

Se ha tragado la noche

*si todo fuera posible,
no podríamos*

¿poder qué?

Dialogar,

¿lo olvidas?

¿qué cosa?

*Te refrescaré la memoria
alguien dijo*

... en algún momento se han de encontrar.

Lo recuerdo

¿qué recuerdas?

Yo he dicho eso

¿a quién?

*a los dos
en mis sueños*

¿a quién preguntaste primero?

No lo sé

*tal vez no nos preguntaste a nosotros
a quién entonces*

a ti

tal vez

¿recuerdas?

No, lo olvido

¿por qué preguntar a ustedes?

No lo sé

*Quizá para responderte a ti
Pero, ¿cuál es la pregunta?...*

Te dije que era sonámbulo

*espera,
aún no estoy segura.*

<i>De ti depende</i>	<i>¿duermo entonces?</i>	
	<i>¿sonámbulo?</i>	
	<i>¿sombra?</i>	<i>De ti depende</i>
<i>Vigilia</i>	<i>¿cuál era la pregunta?</i>	
<i>locura,</i>		<i>o sueño,</i>
<i>ebrio,</i>		<i>cordura,</i>
		<i>sobrio...</i>
		<i>que más da</i>
<i>imposible</i>	<i>todo</i>	
		<i>¿no lo has entendido?</i>
		<i>no se puede todo</i>
<i>La realidad se rige por opuestos</i>	<i>¿por qué?</i>	
	<i>¿opuestos?</i>	
<i>habría una explosión</i>		<i>Si el sol y la luna</i>
		<i>estuviéramos juntos</i>
<i>Porque ser o no ser</i>	<i>¿por qué?</i>	
<i>en el mismo lugar</i>		<i>es imposible,</i>
<i>y al mismo tiempo...</i>		<i>en igual circunstancia</i>
	<i>opuestos...</i>	
<i>Tal vez</i>	<i>¿duermo entonces?</i>	<i>Elemental.</i>
		<i>de ti depende</i>
<i>¿quién despierta?</i>	<i>¿por qué?</i>	<i>¿quién inició el diálogo?</i>
<i>¿quién vive?</i>		<i>¿quién duerme?</i>
<i>¿quién desea que en algún momento se encuentren...?</i>		<i>¿quién muere?</i>
<i>Insomnio,</i>	<i>¿de qué?</i>	<i>No puedes culparnos</i>

Te lo dije...

Al fin,

Te lo dije...

Sonámbulo

despierta,

despierta,

Ya entiendo

estoy soñando

El diálogo del no despertar

¿qué cosa?

despierto.

Sonámbulo,

¿qué entiendes?

¿qué sueñas?

*Es verdad;
despierta,*

despierta,



Paúl Núñez



La gran explosión

Virginia Meade

Para el Güero fue un gran acontecimiento la llegada de la energía eléctrica a la ranchería; al regresar de la escuela en lugar de ir a su casa, se quedaba en la tlapalería “Buenavista”, que estaba junto a la peluquería del *Sombritas* —lo apodaron así porque cuando dejaba tusado a algún cliente, él respondía: son sombritas del cabello—. El encargado de la tlapalería y el niño eran jefe y empleado, una sociedad que el Güero respetaba mucho. El negocio estaba en la avenida principal, un lugar privilegiado para observar a los trabajadores de la compañía de luz dejar los postes de madera enchapopotada tirados al ras de las guarniciones de concreto; atestiguaron cómo cavaron los hoyos donde luego plantaron los postes. Nuestro protagonista se esforzaba en mirar a través de los llanos, desde donde venían los hombres tendiendo los cables.

El niño le pidió a su mamá que lo dejara faltar a la escuela para ver cómo conectarían a su casa el misterio de la luz, ella fue inflexible: No.

Con la energía eléctrica llegó la posibilidad de ver la televisión que hasta ese entonces era un mueble con una pantalla muerta. El aparatejo tenía en su interior bulbos, que parecían ampollitas de botica, pero grandes. Era todo lo que su padre le contestó cuando lo interrogó acerca del interior de la televisión. Con las variaciones de corriente de los cables de alta tensión, la televisión se fundió. Su papá tendría que ir al centro de la ciudad, a la calle de Victoria, para conseguir los bulbos de repuesto; decidió que sus hijos lo acompañaran. Su primera salida del pueblo a la ciudad. Ya de regreso inició la gran faena para componer la televisión, obvio los niños querían estar ahí, como moscas alrededor de la miel, para tener el mejor lugar para ver cómo la arreglaba. El papá les fue asignando tareas: pásame las pinzas, dame el desarmador de cruz, tú, pon el espejo frente a la televisión. El Güero se apuntó para enchufarla tan pronto recibiera la orden, para él todo era emoción y ganas de ejecutar la tarea. Su papá le recordó que no conectara la clavija hasta que él se lo indicara, porque: es muy peligroso. Uno de sus hermanos preguntó ¿qué es eso papá?, él le contestó poniendo un dedo en la cajita plateada, es la fuente de poder; el Güero, distraído, escuchó

la orden: dale poder. Él obedeció. Su papá salió volando hacia atrás dando un tremendo grito: te dije que te esperaras. Todo enrojecido su papá se incorporó del suelo. Directo, sin mediar palabras, se quitó el cinturón y le propinó una cueriza. El niño gritaba entre lágrimas: ¡papá, ya no quiero ser radiotécnico porque es muy peligroso!

Cuando la televisión funcionó, el Güero esperaba emocionado los programas de acción: de guerra, los que se trataban de persecución de caballos, los de autos de policías tras los delincuentes; si no había de éstos, se iba al patio desilusionado.

Al término del periodo escolar, el Güero trajo a su casa calificaciones decentes; fue lo que su padre le dijo con sequedad cuando le entregó su boleta. Después de sus deberes, se dedicó a observar con detenimiento lo que ocurría en las series de guerra. Le gustaba la marcialidad, la estrategia, las explosiones.

Ese verano aparecieron en su casa muchos materiales de construcción: varillas, bultos de cemento, costales de grava, incluso habían llevado un camión con arena, así como piedra volcánica para los cimientos. El niño se quedaba en el patio observando. Colocaron un tubo de lámina galvanizada que bajaba del techo hacia el nuevo registro de drenaje. Los planes eran construir un segundo piso. Por supuesto los niños tenían prohibido acercarse al material para evitar accidentes. Sus padres fueron enfáticos, les recitaron un rosario de accidentes y castigos.

La luz solar le daba un brillo especial a la arena, pequeños puntos luminosos jugaban en la superficie de aquella enorme montaña. Sobre ella descansaban tres piedras volcánicas negras, pulidas, hermosas a los ojos del Güero. Una hormiga se metió entre los granos y él, con el dedo, trazó el camino que siguió el insecto. No lo encontró, entonces introdujo dos dedos, se sentía fresca y el color de la arena era oscuro en el interior. Se hincó frente a la mole y metió ambos brazos viendo como la arena se deslizaba por su piel. El agujero era grande y se imaginó una cueva donde los soldados de la televisión podrían refugiarse o quizá los enemigos cavaban una mina.

Se levantó de prisa y fue al taller donde su papá guardaba las herramientas y telebros. Al abrir la puerta el aire cambiaba no se respiraba igual que afuera o que en ningún otro lugar. El niño se encogió de hombros. Hoy tenía prisa, no quería pensar en eso. Buscaba el barril de juguetes, le quitó la tapa y sacó las figuras de animales, soldados, coches tomo una bolsa de estraza y guardó todos los que cupieron.

Se sentó sobre unos tablones para disfrutar la frescura del lugar. Este era un lugar mágico, cada herramienta pendía de un clavo, las latas rebosaban de clavos o tornillos. En el piso, los botes de pintura estaban colocados por tamaño, igual que las brochas y las elegantes garrafas de aguarrás, el color del vidrio café, se distinguían de las botellas de leche o de las que se usaban para las mermeladas. Al pensar en ellas, el estómago gruñó. Lo sobó. Faltaba mucho tiempo para la merienda y él tenía una misión que cumplir. Tomó un trapo y zarandeó una de las garrafas. Con la suerte que una de ellas estaba llena del solvente. Con su cargamento regresó al patio. La puerta principal de la casa estaba abierta, vio a su madre y hermanas atentas a la televisión. Su mamá estaba doblando ropa y sus hermanas le ayudaban.

Cuando llegó frente a la montaña de arena, cavó con ambas manos una cueva de buen tamaño. Sería una hermosa mina. Quitó la tapa de la garrafa de aguarrás, torció el trapo limpio hasta que entró en la boca de la botella. Saco uno por uno los juguetes y los metió hasta el fondo del refugio donde los malos estaban trabajando en un arma letal; cuando terminó, acostó la garrafa con mucho cuidado, los aliados estaban a punto de terminar con los planes del enemigo; cuando sintió que llegaba a los muñecos, algo faltaba. En ese momento recordó que le tocaba lavar los trastes de la comida y antes de que lo regañaran tenía que hacerlo. Siempre se tardaba horas enfrente de la tarja, le gustaba jugar con el jabón, examinaba cada burbuja, les soplabla para que volaran y luego para que se reventaran. Cuando entró a la cocina se alegró de que fueran pocos. Escuchó que la telenovela estaba finalizando. Los lavó rápido, no permitió que la alegría que le daba el agua y el jabón lo entretuvieran. Cuando terminó, guardó una cajita de cerillos La Moderna en la bolsa de su pantalón; secó los trastes y los guardó. Le gritaron que no hiciera tanto ruido. Las mujeres no entendían a los hombres de la casa.

Muy orgulloso salió marchando por el pasillo que daba a la salida principal; al pasar frente a su madre y hermanas informó: voy a cumplir la misión, madre general; ella lo miró sin entender. El niño continuó su paso marcial hasta que llegó a la mina de arena. Encendió la mecha y apagó el cerillo. Guardó con solemnidad la caja. Esperó. La llama azul quemaba con suavidad la tela blanca. El Güero pensó que la tela se parecía a la de las camisetas. Cuando el fuego llegó al interior de la botella vio cómo se formaba una niebla de humo.

En ese momento se dio cuenta que debía ponerse a salvo, su cuerpo se agitó; miró hacia todos lados, como a un metro de distancia, estaba la tabla que antes había sido la puerta del chiquero. ¡Perfecto! lo usaría como escudo; el agujero donde antes estaba la agarradera lo usaría para mirar. La tensión del momento le dio la oportunidad de pensar: ¿habría suficiente aguarrás en la botella?, ¿a esta distancia podría ver la explosión?, ¿la oiría su mamá? Esperó. El corazón latía con fuerza.

La arena que estaba en la cúspide de la mina empezó a deslizarse, después sólo escuchó el redoble de millones de tambores. Las enormes piedras salieron despedidas y fueron a estrellarse: una contra el muro que dividía su casa de la del vecino, otra, en el reluciente tubo de lámina galvanizada, que quedó inservible y, la tercera, justo en la base de su casa. Al mismo tiempo, pedazos de soldados de plástico retorcido, cochecitos chamuscados salieron volando. La fuerza de la explosión golpeó el escudo, cubriendo al niño de polvo gris.

Él cayó hacia atrás sentado con todo y tabla sobre la cabeza. Experimentó miedo y alegría. Soltó el escudo y admiró lo que había sucedido. Se talló los ojos con las manos lo que provocó que empezara a lagrimear, estaba ensordecido. Levantó con timidez un brazo: ¡misión cumplida! había destruido los planes de enemigo.

Trató de levantarse, pero las piernas le temblaban. Entonces gateó hacia la entrada de lo que había sido la mina. No pudo avanzar mucho, sintió que algo lo jalaba de la camisa y elevaba del suelo; se limpió la cara con las manos, lo siguiente que vio fue la cara de su madre: ¡Qué hiciste, escuincle del demonio, ya verás cómo te va cuando llegue tu padre!



Cuando amanece

Cecilia Durán Mena

Me pasa en el tiempo otoñal, en ese peligroso perímetro que se forma entre mi cumpleaños y los días de Navidad. En los días en que estamos a punto de ver los adornos de colores, los pinos arreglados, las lucecitas titilantes pero que aún no vemos. Me pasa justo en este tiempo chicho, en el que todo lo que se quiere está debajo del cielo, entre las nubes y el suelo. Me pasa al filo de la luz, cuando amanece.

Suena el despertador. No hace falta que vuelva a sonar, retiro las cobijas, abro las sábanas y salgo de la cama. Hace frío en la calle. Los vidrios están opacos con vaho y una serie de gotitas que caen formando caminos ondulados. Amanece suave como si al otoño le resultara difícil vencer a la madrugada para iniciar el día. Abro la ventana. Entra una ráfaga de aire frío que me pega en el rostro. La ciudad no ha entrado en calor. En este instante largo, mientras la luz de la mañana se abre paso, creo que soy la dueña del segundo que falta para que el sol empiece a brillar por todo lo alto.

Siento la hermosura del tiempo. La eternidad de los segundos se me aloja en el corazón, sin que alcance a entender el principio y mucho menos el fin. Pero, soy dueña de ese soplo en el que puedo decir que sí y puedo negarlo todo; en el que podría volver a la cama a acurrucarme y darle rienda a ese deseo rebelde de dormir una eternidad o en el que le haría caso a la razón para acatar las obligaciones nuestras de cada día. Elegir: abrir el periódico, encender la radio, mirar la tele o meterme a bañar o detenerme. Imaginar la historia de un pingüino, que decanta en mi cerebro por un proceso de filtración de pensamientos que llega a mí casi por osmosis o ponerme seria y hacer lo que toca. Escribir lo que tengo o lo que quiero.

El aire matinal me seca los ojos. Abro y cierro los párpados. Todo tiene su tiempo y siento que los segundos están entre mis dedos. Me creo que los puedo sostener entre el índice y el pulgar, que puedo jugar con ellos y hacerlos rodar por las puntas del meñique y el dedo medio, que se atorán en el aro de mi anillo matrimonial, que brincan al centro y que los puedo frotar entre las palmas si junto la mano derecha e izquierda. Tan míos y tan maleables que los puedo hacer una bolita manejable que rueda por el dorso, entre los nudillos y pasa por la línea de la vida.

Miro la bolita con atención. Son tantos segundos que se vuelven minutos, horas, días, años. En esa eternidad esférica caben todos los momentos. Al ser tan redonda, el instante de nacer se apareja con el tiempo de morir; el minuto de plantar se acomoda con tiempo de arrancar lo plantado; el día de la enfermedad se junta tiempo de curar; la semanas de destruir se reúnen con el tiempo de edificar.

En fin, en esta esferita que podría estar hecha de plastilina, de arcilla o de barro se revuelven los tiempos de llorar a gritos y de sollozar en calma, de reír a

carcajadas y de aguantarse la risa; los que se usan para quejarse y para bailar. En mi bolita no hay nada distinto a lo que puede haber en otras bolitas, en la tuya o en la de alguien más, pero ésta es la mía. Si la miro bien, ahí está el tiempo en que me tocó esparcir piedras y los años que tuve que meterme todo el aire al cuerpo para volver a juntarlas; están los abrazos que pude dar y las veces en que me quedé con los brazos vacíos. Están los días en que me tocó perder, los años de apretarse el cinturón y guardar, los de desechar, de romper, de coser, de zurcir, remendar. Los instantes para escoger la semilla que lancé a tierra fértil, los de esperar la germinación, los de contemplación del crecimiento, los de separar las espinas y quitar zarzales, los de fruto podrido, los de secarse el sudor de la frente, los de cansancio extremo y de cosechas de abundancia. Están las palabras dichas y las escritas. Están las batallas que se libraron acompañada y los que tuve que ir sola, los desmayos del corazón, las alertas rojas y los días de triunfo, alumbramiento, de elevar la diestra, los de agradecer.

Es verdad que un día puede parecer mil años y que mil años pueden parecer un día. Es cierto que un segundo puede ser la bolita que se convierte en una liga que puedo estirar. Los momentos corren rápido cuando hay que ganar y se ralentizan cuando llega el tiempo de callar, se mueven a prisa si llega el tiempo de hablar, de arrullar, amar, y de aborrecer; se pasa lento cuando hay que regañar, reflexionar, esperar y dudar. Sobre todo eso, dudar. La certeza dura muy poco, apenas puede abrirse paso entre la incertidumbre. Las fieras del tiempo me muestran sus garras y quieren darle un zarpazo a la esfera del tiempo. Siento el soplo que entra en la nariz y el polvo del que estoy hecha se vuelve piel.

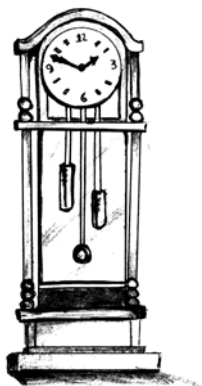
Aprieto los puños y busco la palabra que no me piden. Entrebusco en los bolsillos de mi pijama para ver si se me quedó guardada alguna noche húmeda, alguna ciudad interesante, los juegos infantiles de lastrais o la emoción de la ruleta y las apuestas al cinco, aquel viaje divertido por el mar Egeo, un mendrugo de pan salado, la última gota de esa copa de vino tinto o el trago amargo de una cerveza oscura o la dulzura de ese pan de mantequilla con chocolate, el beso que me robaste, un metro de tela cuadrada o un palmo de asfalto de esa carretera, un ladrillo de Arimatea, la mano de mi marido, serrín de la Cuesta de San José, la risa de una hija, la llave de Centenario, la Luca y Vito, entre el Globo de Gis, la taza de Chai, el Tiliche, una moneda de Shekel, la voluntad de la otra hija, el mago de Coronel, el piso de Sacramento, la caja registradora, la acción positiva, las caricias de mi madre, las habichuelas del gigante, los consejos de papá. No hay nada en ese bolsillo más que una pluma y un borrador, pero aprieto más fuerte los puños para que no se vayan a salir corriendo, para que no huyan.

La palabra que no me piden se esconde entre el tiempo de guerra y tiempo de paz, entre la tinta y el corrector, entre el silencio y la palabra. Las manecillas del reloj aprovechan para desatarse y salir corriendo a jugar. El tiempo se sale por el hoyito que dejaron en el centro de la carátula del reloj como si fueran hormigas que saltan por el agujero del hormiguero y se apresuran a traerle de comer a la reina. La carátula se derrite y la persistencia

de la memoria me adormece como el veneno fórmico de un piquete. Me rasco fuerte. Cierro los ojos, fijo la mirada en aquellas caras de mis parientes, de aquellos con quienes tengo un lazo en común, de los que están al alcance de mi mano y de aquellos a los que no he visto en tantos años y por los que duele el corazón sin saberlo; de mis amigos y de los que no lo fueron. Veo las caras de los que elevaron la quijada de burro y me la encajaron en el cráneo y las expresiones de aquellos que sin esperarlo recibieron la puñalada que les di a la mitad del pecho.

Suenan las campanas del reloj de piso. Un Mercedes Benz pasa a toda velocidad por la calle. El claxon de un Toyota café se oye a lo lejos. Se escucha el encendido del motor de un BMW, la camioneta Journey sale de la puerta de la cochera y lo sigue el Seat color de rosa. Todo se interrumpe al ponerse en movimiento. La ciudad despierta, entra el calor. Los segundos regresan a toda prisa al hueco de la carátula, el reloj se rigidiza, las manecillas ocupan su lugar, el segundero vuelve a saltar por los sesenta puntos del carillón, el olor a café llega desde la cocina, la vecina de enfrente sale corriendo con dos bolsas de plástico azul muy claro, el policía pedalea su bicicleta, la bocina grita que hay tamales oaxaqueños calentitos. Una mujer está a punto de cruzar la calle y está mirando la pantalla de su teléfono, un joven aprieta el manubrio del acelerador de su motocicleta y se distrae con el mensaje de texto que le acaba de llegar. Ninguno se detiene. Se oye un grito, luego otro, luego muchos. Mis ojos se humedecen. Quiero ganarle al tiempo. Sé que no voy a poder. Cada uno tiene el suyo y es pasajero.

El mar sigue moviéndose en la orilla, aunque yo no lo pueda ver. Los trenes siguen saliendo de las estaciones, aunque yo no los vaya a abordar. Los barcos habrán de zarpar, los aviones de despegar. Pasa también mi sombra, mi huella, mis años y el viento que se ha quedado en los muros. Un tiempo mío está inscrito en las olas del mar pacífico, en las orillas de la playa de arena radiante, en las copas del álamo y del pino, en el rincón entre la realidad y sus fronteras. Así pasa en el tiempo otoñal, en ese peligroso perímetro que se forma entre mi cumpleaños y los días de Navidad al filo de la luz, cuando amanece.



Un mejor lugar

—María Elena Sarmiento—

Tobías, en shock, se sienta en la orilla de la banqueta. Saca de su lonchera un G. I. Joe invisible.

—Ahora sí tenemos que ganarles a todos los malos —le dice el niño al soldado inexistente— vamos a convertir a este mundo en un mejor lugar para vivir.

—Venceremos —le responde el muñeco imaginario—. Mira, aquí vienen mis amigos: Superman, Batman y la Mujer maravilla.

—Qué bueno. Mientras más seamos, mejor. ¡Juntos somos invencibles!

—Se escuchan las sirenas de las ambulancias —explica G. I. Joe.

—Deben ser patrullas. Qué bueno que también nos ayude la policía. Voy a invitar a todos los buenos para protegernos unos a otros.

—¿Y los malos?

Tobías lo piensa un rato.

—Pues vamos a llevar a los malos con mi maestra de la escuela para que les enseñe a ser obedientes y a no soltarse de la mano de su mamá para cruzar la calle.

La conversación sigue. En un momento dado, ya el Pingüino, el Guasón, Lex Luthor, Gatúbela y Loki se unen a los superhéroes para tomar el té. El universo está a punto de convertirse en un lugar en donde todos los seres conviven en armonía cuando el papá de Tobías llega corriendo a ver a su hijo. Está agitado y pálido.

—¿Qué no hubo nadie que quitara al niño del lugar en donde atropellaron a su mamá? —reclama a quien lo quiera escuchar y luego carga a Tobías y le tapa los ojos—. No veas, mi hijito. Ya no hay nada que hacer.

—¿Cómo que no, papá? Recuerda que mi mamá dice que todos tenemos algo bueno y —levanta el brazo en señal de triunfo— los buenos siempre ganamos.



Paúl Núñez



ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS - NO VIOLENCIA / CARL FREDRIK REUTERSWARD / MARTIN MORCK

United Nations

La Embajada de la República de Sudáfrica en México,
en colaboración con Pretextos Literarios Por Escrito,

CONVOCA

Al primer concurso de poesía, cuento corto y ensayo
en el marco de la campaña mundial y el programa para

SILENCIAR LAS ARMAS EN ÁFRICA PARA 2020

Consulta las bases en www.porescrito.org



SUDÁFRICA



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



UNITED NATIONS



Sin título- **Rodrigo Amaya Trucchi**



Cobija - **Andrea Fischer**



Sin título - **Rodrigo Amaya Trucchi**



Sin título - Andrea Morlote



Sin título -Andrea Morlote



Ascendente en emo - Jennifer Frías



La felicidad - Jennifer Frías

CERTAMEN LITERARIO

Prosa

Ganadores

4
ANIVERSARIO



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.poescrito.org

Cartera

Luis Enrique Vicente Hernández

1er. lugar en la categoría de prosa

Felipe vive solo en su casa. Pero él no lo sabe. Su madre ha muerto, en su habitación, pero él sigue en la calle, trabajando en la huerta, ganando quince pesos al día. Con quince pesos no podían vivir en lujos, pero era suficiente para una mísera comida de dos raciones diarias y ello los hacía felices. El día de hoy, Felipe salió de trabajar a las cinco de la mañana, como todos los días. No iba a misa, pero su madre dice que “hace años que Dios nos abandonó”, así que no representa un problema para los conflictos ideológicos y religiosos de Felipe, de once años.

En el camino a la huerta, Felipe encuentra un objeto: una especie de talega, con un pequeño monedero dentro, aunque el niño no sabía qué era una talega ni un monedero. Nunca había visto objetos de tal índole; desde los ocho empezó a trabajar, nunca fue a la escuela y su padre no le enseñó el alfabeto ni los números. Sólo a cortar la caña y encender la leña cuando necesitaren calentar comida, agua, o ellos mismos. Pero su padre falleció por la epidemia dos años atrás; su mujer tomó el trabajo por herencia, aunque le pagasen menos. Felipe, por la mitad de sueldo que su madre, obtuvo su empleo porque le caía bien al patrón por jugar y distraer a su hijo cuando lo lleva al trabajo. Sin embargo, la madre de Felipe cayó en fiebre, por la misma enfermedad que su padre. Desde una semana antes Felipe va y viene solo de la huerta; tiene tres años recorriendo el camino, así que le dijo a su madre que no ocupaba decirle por dónde andar.

En la talega no había otro objeto más que el pequeño pedazo de tela cerrado por un zipper. La tela era ligera, pero el peso era considerable, tal que el chico no podía sostenerla mucho tiempo con una mano; necesitaba ambas para poder cargarlo. Tiró del zipper, y contempló una pila de monedas dentro de la telita. Felipe volteó hacia delante y hacia atrás, pero el camino semidesértico era lo único presente allí, así que corrió de regreso al pueblo con la talega en el brazo; no podía contener la alegría. Tan pronto como llegó fue a comprar leche, cinco huevos, un pan para él y su madre, mantequilla, y cinco pesos de jamón. En total fueron veinte pesos. Felipe se asustó por un momento, pero recordó el monedero, del cual extrajo, con nervios al principio, pero con soltura y gracia después, veinte monedas de un peso. Con orgullo sostuvo la bolsa, agradeció con finura, casi elegancia, al dispensador, y se dirigió a su casa. Pero la talega, que no tenía más que el monedero, parecía más pesado que la leche y

los demás víveres. Felipe se detuvo bajo un árbol, pues no aguantaba el peso de ambas cosas, y revisó cuántas monedas tenía en la telita. ¡Aún estaba llena! Ni siquiera parecía que hubiese sacado un solo quinto. Esto robusteció los ánimos de Felipe, y corrió hacia una dulcería que se encontraba a unas cuadras de su casa, olvidándose del cansancio y el peso de lo que traía consigo. Compró una paleta de limón de dos pesos. La devoró en ese mismo lugar, pues la última vez que comió una, él no trabajaba; su padre le llevaba una cada semana, a pesar de la escasez en su hogar.

Un vecino que solía ser su compañero lo vio deleitarse con la golosina; Felipe se dio cuenta y, para no parecer egoísta, le compró una paleta por igual. Todo el tiempo volteaba a ser a su cartera, sin notar cambios. Después, ya sin culpa ni pena, se dedicó a regalar dinero a gente de la calle, a sus vecinos, pagó un dinero que pidió prestado su mamá, entre otros gastos cada vez más inútiles. Sin embargo, la cartera se mantenía con el mismo contenido. Haciendo una pausa en su travesía, se colocó detrás de un edificio abandonado; solía ser una escuela que cerró por falta de recursos. El niño abrió la cartera por enésima vez; una vez más, aun atestada. Pero esta vez la volteó mirando hacia el suelo, con la intención de vaciar el contenido. Monedas cayeron sin fin, formando una montaña de dinero que no paraba su crecimiento. Un par de minutos y ésta medía un poco más que el niño, asustándolo, al ver tal fantasía ante sus ojos. Para él era claro que el objeto tenía algo especial, casi mágico. Al final del día cargaba una carretilla llena de objetos, que iban desde las compras sencillas que realizó al principio hasta ropa y una licuadora usada. Exhausto del festín, por fin pudo llegar a su casa para anunciarle a su madre las buenas nuevas.



Paúl Núñez

'72 Ford Ranchero

José Antonio Acosta González

2do. lugar en la categoría de prosa

Water is taught by thirst.
Land — by the Oceans passed.
Emily Dickinson

En ciertas casas, la infancia marchita queda suspendida en la caja donde habitan los juguetes. Por el polvo las cosas inanimadas saben del tiempo.

En la bodega del traspatio iban a parar los objetos con los que mantenía una nostalgia incomparable a la que uno puede sentir por las personas. Aún así, una fuerza inconsciente, o a veces, en forma de madre, presiona a la gente a despojarse de lo que una vez fue simbólico. Y a mí me dolía echar a la basura, lo que, según ella, era *verdaderamente basura*. En alguna exploración de limpieza había encontrado, donde todos verían un carrito de *Hot Wheels*, el fragmento de un recuerdo. Al auto, un *72' Ford Ranchero*, le faltaba una llanta, tenía los ejes herrumbrosos y los colores se habían deteriorado. Yo lo daba por perdido, y si no hubiera sido porque mi mamá me había dicho, “A ver, ya, tienes diecisiete, esos juguetes hay que donarlos”, no hubiera recordado esa vez que me di cuenta de que, ingenuo que era, algo llamado muerte existía. Aquel día lloré mucho, porque sabía que estábamos conectados como por un hilo invisible que atravesaba a los vivos, y la muerte, como unas tijeras de filo infinito que caían del cielo, decidía a quién llevarse. No fue hasta tarde que logré calmarme, cuando mi mamá llegó a la casa, y me regaló un juguete: el *Ford Ranchero*.

Al año siguiente mi papá partió, y estuve en las misas fúnebres, recién cumplidos cinco años, con el carrito apresado en mi mano.

Los meses siguientes fueron un alivio necesario, porque mamá dejó de llorar todo el tiempo, porque ya no me pasaba todas las tardes con el *Ford Ranchero* describiendo curvas en carreteras improvisadas en mi cuarto. Para secundaria, mi mamá y yo nos mudamos de casa, y las pertenencias de mi papá se esparcieron: su ropa la donaron, vendieron su coche, y en aquellos movimientos, creía yo hasta entonces, el carrito de *Hot Wheels* había desaparecido. Lo sucedido después del duelo, se difuminó con zalamerías y otros eventos que fueron atenuando la cicatriz que te deja la ausencia. Yo estaba convencido de que las cosas inanimadas eran afortunadas porque no sabían cuándo dejaban de funcionar o cuándo su propósito se había consumado; aun inservibles, la gente podía conservar aquellos objetos y guardárselos: tenerlos presentes.

Había interrumpido la exploración de limpieza y entrado por la puerta que daba a la cocina. Anochecía.

Escondí el carrito en el bolsillo de mi pantalón y encontré a mi mamá en pijama leyendo en la sala. Cenamos, y en torno a la mesa, pareció como si ella hubiera envejecido una década en cuestión de minutos. Lo que hace la luz, y las sombras: acentuar: ella tenía la piel deshidratada, como grietas en un desierto, y las bolsas de sus ojos no eran sino cuevas. Recuerdo haber palpado el carrito sobre la mezclilla. Lo demás fue demasiado rápido. Si el carrito sabía del tiempo por el polvo o el óxido, mamá sabía del tiempo por la piel, o por la enfermedad, o por la melancolía, o por la capacidad de subir escaleras o por aguantar una o dos cervezas, o por la costumbre de contestar en monosílabos como quien sabe que, en lo sucesivo, nadie podrá ayudarlos.

Lloraba. Llorábamos.

Mamá hizo un mohín de disgusto y se apartó de la mesa, empujando su silla hacia atrás. Se levantó el pijama para rascarse la pierna. Y ahí lo veía: piel metálica, deslucida, polvosa. Saqué el carrito de mi pantalón: ya no más óxido, ni colores deteriorados: solo un *Hot Wheels* con piel vieja por metal.



Paúl Núñez

Lo que hizo Mario Sanguíangel

Remei González Manzanero

3er. lugar en la categoría de prosa

Lo que hizo Mario Sanguíangel el 31 de diciembre de 2011 fue afeitarse los ojos. Sí. Los ojos. Lo hizo él solo. Fue tarea de dificultad tremenda, sí, y también muy angustioso para él, asqueroso si ustedes quieren. Pero no nos vamos a engañar, quisiéramos saber el porqué, que alguien nos cuente por qué diantres el último día del año alguien en un piso de vacaciones navideñas en primera línea de mar, de ese mar invernal que acompaña a la nostalgia y la locura, cogió del armario del lavabo la cuchilla de afeitar y empezó a hacer lo que ya hemos dicho que hizo.

No lo hizo porque confundiese las mejillas con los ojos, ni porque el espejo estuviese agrietado y se viera en una imagen distorsionada de su faz, tampoco era ciego ni tenía visibilidad reducida, no, nada de eso. Todo estaba en perfecto estado. Tampoco lo hizo después de que una mujer le rompiera el corazón, no había fallecido ningún ser querido, no le habían despedido del trabajo, de hecho llevaba ya tiempo formando parte de la cifra eminente de 4.585.415 parados en nuestra España sublime. No fue siquiera un resbalón de la demencia, más quisiéramos poder achacar el afeitón a la enajenación transitoria, pero no. Lo cierto es que su acción se llevó a cabo bajo previa meditación y esta meditación, les cuento, consistió en tres fases.

La primera: pensar que necesitaba un objetivo verdadero y auténtico para su 2018. Mario Sanguíangel no quería ni dejar de fumar, ni pensaba en ascender en la escala profesional, porque de profesión andaba corto, ni deseaba

emprender un viaje de placer inolvidable, ni afanarse a ir al gimnasio dos veces por semana, nada de eso. Quería crecer, solo crecer, pero esta vez de verdad, inmiscuirse en los terrenos de sentirse verdaderamente vivo de regocijo y seguridad. Deseaba la mezcla perfecta entre estar asustado y decidido. La segunda fase de su meditación fue la siguiente: pensar que había pasado demasiado tiempo en que no perdía nada y que para crecer conviene decrecer antes, vaciarse un poco. Hacía demasiado tiempo que todo se integraba en una monotonía empañada y adormecedora y a estas alturas veía la vida a través del trasluz del tedio. La idea de afeitarse los ojos parecía entrar en consonancia con esta segunda idea, pues probablemente perdería el ojo o al menos parte de él y debería encontrar posteriormente un modo nuevo de rellenar esa carencia que quizás, con el tiempo, le ofrecería algo inusitado que jamás podría haber siquiera imaginado. Finalmente, para la tercera y última fase, no quedaba más que idear un plan coherente con sus concisas meditaciones.

Así sucedió que se decidió a afeitarse los ojos el 31 de diciembre de 2017 a las 23 horas 57 minutos. Y tenía que ocurrir a esa hora, exactamente a esa hora, calculada en un abrir y cerrar de ojos al diseñar su proyecto de crecimiento personal y para la que se había tenido en cuenta la reacción previa a su acción ideada. Es más, debía ser a esa favorable hora porque era crucial hacer coincidir las campanadas con sus alaridos, con el afán de erigir un simbolismo que él juzgaba de majestuoso y coqueto a la vez acorde con la ocasión.

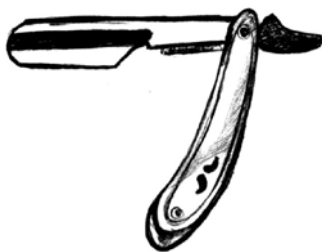
A las 23 horas y 55 minutos, Mario Sanguiángel se posicionó delante del espejo del baño. Le pareció sensato dejar la puerta abierta. Se sentó en un taburete, que temblequeaba cuando él se movía ligeramente. Esperó largamente durante dos minutos a que el reloj analógico del

pasillo, que entreveía desde su posición estratégica, marcarse las 23 horas, 57 minutos, 0 segundos. Quedan treinta, medio minuto. Le sudan las manos. Abre la puertecita del armarito. Coge la cuchilla con su mano izquierda. Quedan quince catorce, trece, tic, tac, diez, tic, tac, siete, seis, tic, cuatro, tres, tic-tic, uno. Mario Sanguiángel se levanta. Se mira al espejo. Tiembla la mano. La cuchilla titila. Abre considerablemente los ojos, aunque no puede evitar entornarlos a la vez. Mario va a tropezarse con el taburete, pero no hay tiempo para tintineos ni vacilaciones, así que lo aparta con el pie, hay que hacer coincidir el clamor con el de las campanas. Este es el minuto. El sudor de la mano le impide sujetar la cuchilla con firmeza, no la suelta. Un leve vahído. Sudan las manos. Escudriña su torso en el espejo, su faz también, pero no indaga en ella por última vez. Desentorna los ojos, resopla hacia arriba en una mueca que le infla. Su largo flequillo tiritita a los lados. Cierra los ojos una vez más, los aprieta para coger impulso, como si despertase del todo. Los abre levantando las cejas.

Doblan las campanas. Los vecinos de Mario no las oyen. Tatán, talán. El badajo de la boca de Sanguiángel repiquetea como un muelle en su paladar. El tañer de unas nuevas campanadas, nunca antes escuchadas, tintinea en los oídos de una calle entera a primera línea de mar. Comienza un nuevo año.



Paúl Núñez



El profesor de latín

César Augusto Álvarez Téllez

3er. lugar en la categoría de prosa

Hasta ahora no me puedo olvidar de las curiosas circunstancias que determinaron mi nombramiento como profesor de latín en la universidad. Yo había egresado ya hace un par de años de la Facultad de Letras, pero no trabajaba; mi mujer, para colmo, diario me reprochaba mi dejadez en graduarme porque (es triste decirlo) no pasó jamás por mi cabeza.

Vivíamos en casa de sus padres, sobrellevando una relación más que monótona y como aún no teníamos hijos (ni mi mujer ni yo jamás habíamos pensado en ello) práctica yo me dejaba llevar por la desidia permitiendo que fuera ella quien tomara todas las decisiones importantes. Y aunque sus padres y toda su familia me resultaban completo indiferentes, yo trataba de que sus desplantes, indirectas y malas miradas, como diciéndome “qué hace este ocioso acá”, no afectara mi cómoda y sedentaria vegetación a la que ya estaba acostumbrado.

¡Hasta que esa Navidad, Dios se acordó de mí!

Leyendo en el periódico mi archiconocida sección de los “Empleos”, de pronto me topé con este milagro: “Se necesita profesor de latín para traducir un libro...”

¡No podía creerlo!

Le agradecí a Dios. Y al día siguiente, me presenté a la dirección indicada, sin comunicarle nada a mi mujer, que se quedó más que pasmada desde el momento mismo en que vio que yo desempolvaba el terno del ropero (el terno que, se suponía que, debía de estrenar en mi graduación). Recorté el aviso y, dándome aires de persona importante, provocaba la curiosidad por las calles invadidas de gente. Hasta que por fin llegué a mi destino: una casona antigua adornada con motivos navideños.

Toqué el timbre una vez, sin que nadie acudiera a atenderme. Releí la dirección y, a punto de fijar por segunda vez mi dedo en el botón, una gentil señora, entreabriendo la puerta, pareció sorprenderse de mi extraña apariencia, pues me miró de pies a cabeza como si mirara a un aparecido.

—Vengo por el aviso— le informé, mostrándole el recorte del periódico.

De inmediato, como si me hubiera estado esperando por siglos, me invitó a pasar y sentarme, mientras “le pasaba la voz” al señor de la casa.

Me quedé contemplando el enorme Nacimiento, el arbolito, los adornos, hasta que, en efecto, el señor de la casa, un viejito apareció de pronto, haciéndome señas para que no me molestara en levantarme, cuando me disponía a saludarlo.

—No se preocupe, profesor— me dijo. Y, alcanzándome un pesado “mamotreto”, me explicó *ipso facto* en qué iba a consistir “mi trabajo”.

Se trataba de un legajo antiguo, que su parroquia le había encargado “descifrar” (así me dijo, sonriéndome de forma bonachona).

—No dudo que usted domina al dedillo el idioma de Virgilio, ¿verdad?

—Por supuesto – le dije, con una convicción que ni yo mismo me creía, pero que pareció dejarlo a él satisfecho.

Tan feliz me sentía que ni siquiera experimenté el más mínimo remordimiento cuando traté de recordar quién era Virgilio. No advertía ningún tipo de dudas, lo cual me pareció un signo inequívoco de que el espíritu navideño no solo había despertado en mí las ganas de trabajar, sino que también unido a esa euforia me daba la seguridad y la confianza en mí mismo para llevar a cabo el proyecto de la traducción de aquel libro sin ningún tipo de problemas.

En realidad sentía que Dios existe y caminaba flotando por las calles como impulsado por esa fuerza mágica que me contagiaron las personas con las cuales me iba tropezando, pero yo no sufría ni el agobio del tráfico ni los empujones de la gente que me apretujaban por las pistas y veredas en mi camino de regreso.

Ni siquiera me sentía cansado como otras veces por la distancia caminada hasta mi casa...

Por el contrario presentía que ya nada podría mellar mi felicidad y la de mi esposa y, cosa curiosa por primera vez en mi vida me puse a pensar en una familia: la idea del hijo que tantas veces me había increpado mi compañera, se presentaba por fin ante mis ojos como una realidad que podía afrontar y me veía yo como un padre ejemplar, viendo crecer a mi hijo y ni siquiera me di cuenta que todo esto me lo estaba imaginando...

Acordamos que, a la semana siguiente, le entregaría yo el avance de mi traducción. Entretanto, me dijo, y me alcanzó unos billetes que iluminaron mis ojos hasta las lágrimas:

—¿Le parece bien para empezar?

Yo ni siquiera me puse a contar el dinero. Lo guardé en el bolsillo del saco, sospechando que el viejito podría arrepentirse.

—Me parece muy bien —rematé convencido y, entre venias y efusiones, me despedí de mi “Salvador” (así lo consideré desde el primer momento) y de su compañera (¿sería su mujer?) y me llevé el “mamotreto” a casa.

Mi mujer, sorprendida, al verme llegar más que feliz, no se detuvo a preguntarme nada, limitándose a menear la cabeza como diciéndome ¿en qué locura te habrás metido ahora?

Yo me encerré en mi cuarto e me puse a desenterrar mis apuntes de la U, donde el Padre Santiago nos había enseñado en el primer semestre el curso de Latín.

Gracias a Dios, ahí estaban mis apuntes, y el libro de Gramática Clásica, más un Diccionario de Latín-Español, que eran las herramientas con las cuales, pensé, no tendría problemas en traducir el libro.

Pero apenas empecé a “leer” (más correcto sería que intenté desentrañar las primeras palabras) me descorazoné:

¡Aquella era una lengua bárbara!

Me serené, no obstante, y encomendándome al Altísimo comencé literalmente a trasladar a la lengua de Cervantes aquellos jeroglíficos; y es que realmente me sentí así, un Champollion, toda esa semana (en que apenas probé bocado y mi mujer se hizo invisible) que me puse a lidiar con los latines.

Solo en las noches de incontenible angustia, como si fuéramos cómplices de un latente deseo que compartíamos como un secreto invaluable, nos entregábamos a la pasión del amor como nunca antes lo habíamos hecho.

Y tanta fue mi obsesión en el trabajo de traducir el libro que mi mujer se presentó ante mí como el descubrimiento de una nueva relación que se me antojaba romántica y eterna, pues era el complemento indispensable que yo necesitaba para llevar a cabo la realización de nuestros sueños.

Cuando me presenté, como habíamos quedado, ante mi benefactor, ya había “traducido” más de la mitad.

Fue tanto el regocijo de mi “Salvador”, que no sólo me invitó a cenar sino que me duplicó mis honorarios y se comprometió a presentarme en público como el traductor del libro apenas terminara mi trabajo.

La Navidad transcurrió mucho más placentera de lo que yo pensé y mi matrimonio empezó a cobrar un sentido que ni yo mismo podría explicarme. De pronto todo se presentaba como algo transparente en medio de las neblinas y tinieblas en las que habíamos vivido hasta entonces y una vez más la idea de tener un hijo se apoderó de mis pensamientos en aquellas fechas.

¡Todo lo atribuía yo a un milagro!

En este punto, debo confesar que hasta hoy no sé un camino del latín, pero, dadas las circunstancias, así como acepté traducir aquel libro, no me negué al honor de compartir un lugar especial en la presentación.

Asistía con mi esposa, ya embarazada, y, ante su estupor todos me saludaban como un gran erudito. “Es el profesor de latín”, comentaban, señalándome.

Y así fue corriendo mi fama de boca en boca, hasta que mi reputación creció, al punto que en el *Te Deum* me obligaron a ocupar el lugar de honor junto al Arzobispo.

Desde entonces cada año asistimos a la misa de reyes y a todas las ceremonias religiosas de importancia y al salir de la iglesia muchas personas me preguntaban sobre el significado de algunas locuciones que yo ni siquiera conocía.

Ya he perdido la cuenta de cuántos homenajes he recibido desde

aquella Navidad pero pienso que el mejor regalo de toda mi vida en común con mi esposa ha sido el nacimiento de nuestro primer hijo: se llama Jesús...

Con el correr del tiempo mi fama ha llegado a los periódicos: mi foto y mi presencia (al lado de mi mujer y mi hijo, por supuesto) están asegurados en todos los eventos sociales de importancia, donde se me conoce como el profesor de latín.

Es más, el mismo Padre Santiago me envió con una carta de recomendación a la universidad como su sucesor, instándome a graduarme.

A partir de aquella Nochebuena cada año me prometo como en esa primera Navidad que cambió mi vida tomar la decisión ya de una vez por todas de graduarme como doctor de la lengua latina, esperando en que el divino dios no me abandonará tampoco en esta empresa.

Pero hasta hoy no lo he hecho.

Mi agenda de viajes y conferencias por el mundo para hablar sobre la antigua lengua de los romanos no me lo permite.

Curiosamente, mi prestigio en la universidad va en aumento, pues mis alumnos me tratan de "Doctor" (aunque yo sospeche más por las barbas que por mis conocimientos).

Y desde entonces me sueño con niños que felices cantan y bailan como yo mismo en la lengua latina y que yo abstraído en mi propia felicidad siento cada vez más cerca el sueño de mi graduación se hace más visible con aquella algarabía contagiante que me veo con mi toca en medio de una nieve que cae desde el cielo, aumentando aún más la inconmensurable dicha de toda mi familia.

Pero si tengo que decir la verdad creo, con sinceridad, que tendré que resignarme a partir de este mundo sin haber aprendido a diferenciar el dativo del genitivo.



Arrullo de mar

Mónica Cavazos

Mención honorífica en la categoría de prosa

Permanecí de pie, a la distancia, mirándolos, no me atrevía a interrumpirlos. Él me pidió que no me fuera.

—Sí, quiero que te quedes conmigo me dijo.

Ella le acomodó una toalla roja alrededor de la cabeza, lo acarició con sus manos colmadas de aceite de bergamota, revoloteando sobre sus cabellos.

—Inhala.

Él llenaba su pecho.

—Exhala.

Y cada vez que lo hacía no podía contener la risa, al principio a grandes carcajadas que fueron cediendo de a poco para terminar en dulces susurros al tiempo que se relajaba.

Dividió el delgado cuerpo en dos partes, masajeó desde los hombros, los brazos, las manos, le movió las muñecas en círculos mientras él, hacía notar el deleite que le transmitía el contacto de ambas pieles. Sonreía. Las líneas antes tensas de su cara dejaban paso a una calma que reflejaba el placer que sentía cada vez que lo tocaba.

Inhalaba sólo por gusto, sin que le dieran instrucciones, el ceño fruncido de su entrecejo había desaparecido, su cuerpo yacía lánguido sobre la cama.

A medida que avanzaba lo arropaba, la roja frazada conservaba la tibieza de su cuerpo. Él sentía calor por dentro, la temperatura de su cuerpo aumentaba a consecuencia del aceite y de las expertas manos que lo acariciaban. Ella

se deleitaba con su calor, con su piel de aroma fresco y suave, sus fuertes manos acostumbradas a cuerpos robustos se deslizaban con suavidad sobre esa figura esbelta y espigada. Igual que él también sonreía, había hecho este trabajo tantas veces, pero nunca lo había disfrutado, era sólo eso, un monótono trabajo que no le provocaba placer, por el contrario, le habían tocado toda clase de cuerpos y de pieles, algunas con tanto vello y tan grueso que sentía la aspereza en sus manos a pesar de los aceites, algunos otros, los menos, expelían desagradables olores que evidenciaban la falta de aseo previo.

Esta ocasión era diferente, se entregaba a la delicada y suave piel que le habían encomendado.

Por favor atiéndelo, le insistieron.

—No puedo, mi turno termina a las tres.

—Pero se siente mal, le duelen las piernas, anda, ayúdanos, te lo suplico.

—Está bien lo hago por ti, pero por favor lleguen temprano.

Levantó la sábana para alcanzar las piernas. ¡Oh, mira que tienes unas piernas muy largas! dijo sorprendida, mientras yo, en silencio, notaba como mi respiración antes agitada por la prisa de llegar a tiempo se había relajado, dejé de jadear y en su lugar, lentos suspiros emanaban de mi nariz y de mi boca, como si quisiera llenar mi cuerpo con las sensaciones que masajista y paciente generaban a cada minuto, disfrutaba del placer ajeno.

Dibujó líneas rectas sobre sus piernas, desde las ingles hasta la punta de los dedos, una y otra vez.

—Me haces cosquillas.

—Pero se siente rico ¿verdad?

—Sí y también duele.

—Es que necesito presionar un poco para liberar la tensión.

Odile

—Martha Patricia Olmos—

Mención honorífica en la categoría de prosa

Esta es una fecha muy importante para mí: día de mi cumpleaños y la conjunción de la numerología en mi vida: 57-57, año en el que nací y la edad que cumplo. Le pedí al Universo y a los arcángeles un día tranquilo, sin lluvias ni huracanes. Me lo cumplieron, mi festejo transcurrió en calma y en familia.

Dos días antes, mi hija que había terminado con su novio, planeó un viaje a los Cabos, aún sabiendo que un huracán acechaba esa ciudad.

-No te vayas. Deja perder el avión; sólo son \$2,000.00 a cambio de tu vida, le supliqué.

-El dolor de quedarme aquí es más fuerte que el riesgo de vivir la experiencia.

-Cuando decides algo ni yo ni nada te hace recapacitar; no puede ser posible que siempre te vayas huyendo.

Seis horas después de su partida llega un mensaje a mi celular.

11 de septiembre 2014.

-Ya ando por acá.

14 de septiembre. Las noticias sólo se enfocaban en el huracán Odile; permaneció estacionado treinta y seis horas enfrente de las costas de Baja California Sur. A las 3:00 p.m. el reporte era que había subido a categoría cuatro; alerta roja en los Cabos; la Nasa captó en una fotografía el ojo del huracán que iba a impactar aproximadamente a las 23:30 horas; vientos máximos sostenidos; 205 kilómetros por hora y rachas hasta de 250 kilómetros. Salí corriendo de la habitación, el terror me arrastró y junto con Odile, hizo lo suyo en mi mente. Pinche noticias de mierda.

Tenía dos opciones; que el enojo me mantuviera de pie o rendirme y pedir ayuda, ahora sí a toda la corte celestial, familiares y amigos para ponernos a orar; no nada más por mi

hija, sino por toda la gente de Baja California Sur.

Nuevamente, le entregué a Dios a mi hija, y que se hiciera su voluntad.

En la madrugada se desatan los demonios, miedos, enojos e impotencia.

5:15 a.m. Recibo un whats app.

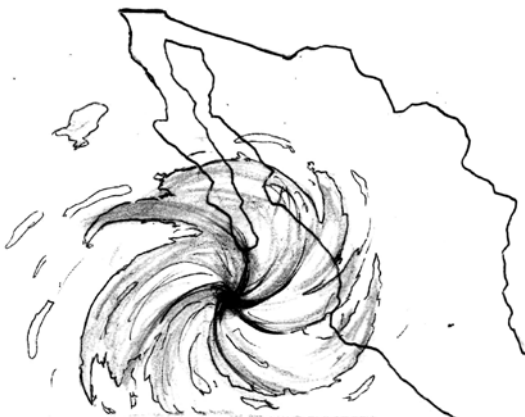
-Ya pasó lo fuerte, sólo queda lluvia. Tamos todos bien. Voy a apagar mi cel, unos corazones, los amo.

Dios, agradecida por toda la eternidad, tuya infinitamente, mi ser no alcanza a expresar gratitud. Estas palabras retumbaban en mi mente: confía, confía.

Posteriormente al paso de la tormenta, miles de turistas fueron abandonados a su suerte en los hoteles, sin obtener información sobre cómo volver a sus casas. Las conexiones de internet y las líneas de telefonía colapsaron.

La mayoría de los turistas fueron al aeropuerto para tratar de salir del lugar. Había miles de personas esperando en una fila de más de tres kilómetros en la autopista para tomar un vuelo de salida a los Cabos.

Perdón, ¿La puedes regresar a casa? 18 de septiembre de 2014.
Ma, toy volando pa lla.



Paúl Núñez

—Siento cosquillas que me recorren hasta el pelo, y me duele, pero también siento rico, como que me tiembla el cuerpo por dentro... ¡Ah! ¡Y huele delicioso!

Ella sonrió. Ahora recuéstate con la cara hacia abajo, le dijo.

Él obedeció.

Lo cobijó con ternura, se paró atrás de su cabeza, le masajeó la espalda, movimientos continuos desde la cintura hasta el cuello, presionando nuevamente su cuerpo.

¡Ay! Gritó de dolor.

—¿Te duele?

—Sí.

—Es que tienes varios nudos. ¿Sientes como mis manos los tocan?

—Sí.

—Aguenta un poquito, sé que duele, pero si los quito ya no dolerán más.

—¡Ay! Más gritos. En un impulso levantó los brazos para defenderse, pero ella pacientemente le habló al oído.

—Recuerda: inhala. Ahora: exhala.

—Aprovechaba cada exhalación para presionarlo fuerte con los dedos.

—Otra vez: inhala, exhala. ¿Duele menos si te sobo cuando exhalas verdad?

—Sí —, respondió nuevamente con voz extasiada.

Ella continuó sobando hasta que pudo liberarlo de los puntos de dolor que lo acosaban. Acomodó la cabeza de lado, lo tapó completamente y terminó dando golpecitos a todo su cuerpo sobre la frazada. Él sintió pequeñas descargas eléctricas que le recorrían el cuerpo poniendo su piel de gallina, se estremeció.

—Los dejo solos. Relájate un poco. Yo debo irme,

pero pueden pagarle a la chica del turno de la tarde, les dejo la cuenta con ella. Tómense tu tiempo, a la hora que quieran.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien.

—¿Verdad que después de esto ya no te quieres levantar? Te lo dije. Se quiere uno quedar así para siempre.

—¡Sí!

—Pero cuéntame ¿Qué sentiste?

—Sentí muchas cosquillas, como una cascada que bajaba por mi cabeza y me recorría completo.

—¿Una cascada de agua tibia que además te hace reír?

—Siiiiii, me hacía reír, pero también se siente rico, calientito.

—¿Y qué más?

—Es como si te arrullara el mar, mamá.



Paúl Núñez

Alea

Francisco Duarte Cué

Mención honorífica en la categoría de prosa

No es que haya buena o mala suerte, es que la hay o no: punto. Esto se lo dice el encargado de repartirla que soy yo. Y aunque debiera estar siempre disponible y a la mano, el problema se origina, como todo en estos tiempos, en la falta de recursos.

Verán ustedes: como en esto de la suerte normalmente se piensa en la baraja y la ruleta, a todos se les olvida cuando no hay suerte en un examen, en las cosechas o en el vuelo de un helicóptero. Ah...eso sí: qué mala suerte la del caballo 8 que iba en punta desde el arranque y terminó en tercer lugar...no, ¡No! No es mala suerte, es que —de plano— no estuvo presente, es más, ni alcancé a llevarla.

De la fortuna solo se acuerdan cuando pierden. Tal vez porque tiende a verse como algo malo pues lo asocian con las apuestas: barajas, caballos, dados, gallos. Yo siento que por eso no nos construyen templos para pedir que les demos suerte y en los que ya existen, ni cepos para recibir limosnas colocan. Puro trabajo y así, sin recursos, es muy difícil mantenerse al día en materia de las novedades del mundo, también tenemos que hacer eso de mejorar con frecuencia.

Antes era bien fácil arreglar carreras de caballos o trámites en el gobierno y hasta corregir exámenes fallados para darles suerte, ya no. Desde que todo se hace con computadoras, pantallas, foquitos, sensores, telefonitos y tanta cosa que ahora nos obligan a usar, cada vez se me complica más la chamba de andar en mis entregas llevando suerte. Tanto así, que ya ni llego

con algunos de los clientes de antaño como los toreros que como bien se sabe, sin suerte, pues ni son toreros.

No es queja, pero tantita ayuda no vendría mal. Ay caray, dispensen no me he presentado, yo soy quien trabaja en eso de entregar la suerte por estos rumbos: Hipólito R. López, soy el Presidente Municipal de este lugar y, yo, también quisiera darme tantita suerte: ¿me ayudarían con algo?



Paúl Núñez

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

Maria Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Andrea Fischer

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo, Iris Adame, Ángel Adrián
Garay Rivera, Daniela del Carmen Garce, Brand Hurrle

Cuarto de Guerra

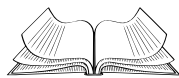
Daniela Sánchez, Andrea D. Solano, Gabriel Villarreal,
Carolina S. Molina, Carmen Mondragón, Pablo Foncerrada.

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veintitrés. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2019.